



# EL AMOR CONTRA EL MATRIMONIO: ACERCA DEL MITO DE TRISTÁN

*Carlos Morillas*

Si Occidente tiende a perder su oportunidad de seguir siendo mujer, en palabras de Lévi-Strauss, la obra de Michel Cazenave se levanta contra tal tendencia expresando su rebelión como subversión del alma<sup>1</sup>. Pues del alma se trata. Alma en la que se ha sumergido la *gnosis* junguiana para ver y recordar las constantes míticas que laten en su profundidad transubjetiva y primordial, es decir, los arquetipos del inconsciente colectivo. Y subversivo es iniciarse en dicha *gnosis* como Cazenave y, con una obra anterior a la presente, Pierre Solié<sup>2</sup>, bajo los auspicios del arquetipo de la Madre. Así, el autor renuncia a los métodos propios de la crítica literaria tradicional (de nuestra tradición patriarcal) crecientemente explicativos y abstractos (y por ello reductivos), para llevar a cabo un mitoanálisis de la leyenda de Tristán e Isolda, donde el propio análisis está dirigido y nutrido por el mito, y la interpretación se convierte en proceso iniciático al relatar una iniciación. Cazenave habla de *método de amplificación*; colocarse en el interior de la leyenda y seguir las irradiaciones de su trayecto; su sentido a través de las resonancias pluridimensionales, de las evocaciones que mantienen el lazo íntimo entre los elementos, y manifiestan, por

<sup>1</sup> M. CAZENAVE, *La subversión de l'âme. Mythanalyse de l'histoire de Tristan et Iseut*, París, 1981, Ed. Seghers.

<sup>2</sup> P. SOLIÉ, *La Femme essentielle*, París, 1980, Ed. Seghers.

tanto, una reunión amorosa a la que se ve llevado el autor (Hijo-Amante de la Madre) en el territorio del símbolo. La Madre nutre y otorga un territorio; además, indica el camino, inicia.

Por ello existe la necesidad para Cazenave de una interpretación psicológica del relato, lo exige éste mismo por *simpatía*. El análisis, reversivamente (simbólicamente), debe *repetir* el mito para hacerlo vivir, y «la interpretación moderna es nuestro mito» —modo de comprensión de lo que la leyenda tiene que decirnos y quiere transmitirnos. De ahí la imposibilidad, expresada claramente desde el principio de la obra por el autor, de saber con exactitud que era lo que sentía el hombre del siglo XII ante la historia de los amantes, y la necesidad de saber que sentido tiene para nuestra alma, hoy, interpretarlo.

Sincronicidad<sup>3</sup> que llega a establecerse por la determinación de estructura<sup>4</sup> como claves interpretativas. Cazenave cuenta para ello con las estructuras y terminología propias de la psicología junguiana. Entender ese supuesto precisa tomar como datos, ya en este punto, los siguientes:

—Al arquetipo de lo femenino —receptivo, conciliador— presente, inconscientemente, en el alma del hombre, lo llama Jung *anima*.

— El arquetipo de lo masculino —activo, discriminador— presente, inconscientemente, en el alma de la mujer, lo llama Jung *animus*.

—Según P. Solié, la realidad psíquica objetiva de un sujeto (arquetipos-pulsiones innatos, lo imaginario) se compone del *doble* (yo-ideal, del mismo sexo que el sujeto físico) y de su *complementario* (*anima* para un hombre y *animus* para una mujer). El *complementario* se proyecta pulsionalmente sobre el *otro* de su mismo sexo (objeto concreto exterior que resiste el deseo, la *hybris* del sujeto: ideal del yo, el «hombre de mi vida» para una mujer, «la mujer de mi vida» para un hombre). Y el *doble* se nutre del *otro* (imaginariamente) en su aspecto de idéntico sexo: super-yo (*animus* de la madre y padre para un hombre, madre y su feminidad y *anima* del padre para una mujer).

<sup>3</sup> P. SOLIÉ, *op. cit.*, pp. 185 y 261, y, en general, la obra de C.G. Jung.

<sup>4</sup> En el sentido en que habla G. DURAND de estructura como forma transformable. Ver al respecto G. DURAND, *Les structures anthropologiques de l'imaginaire*, París, 1969, Ed. Bordas.

— Para Jung el proceso de individuación o camino de integridad (devenir uno mismo), que puede tener lugar en el alma de un sujeto, consiste en acceder a la conjunción de lo consciente y lo inconsciente, de su principio masculino y su principio femenino; camino de amor simbolizado por la alquimia en las «bodas reales» y que desemboca en el Sí-mismo (*Selbst*), auténtico centro de la personalidad y unidad que mantiene la relación interna y externa (con el prójimo). Ese camino incluye el desprendimiento del que no se debe ser (la propia sombra o debilidad que acompaña a toda fuerza y la confunde), el encuentro con el *otro* y, a través de ello el encuentro con el no-yo psíquico. Por ello la conjunción se convierte en cuaternaria (conjunción con el principio inconsciente propio y, simultáneamente, individualización y comprensión de ese principio por la unión del *anima* de él con el *animus* de ella, y de él con ella). Para la alquimia el proceso transformador culmina en la conversión del cuatro en el uno (*quinta esencia*).

— P. Solié describe dicho proceso en los Hijos-Amantes de la Diosa-Madre, indicando que éste consiste en sacrificar el incesto original, pulsional-devorador (sicigia primitiva caótica; fusión de los principios macho y hembra procreadores en la Diosa-Madre) para alcanzar el incesto hierogámico (sicigia escatológica: *Sophia-Kbristos*, conjunción de *anima* y *animus* individuados y transfigurados espiritualmente), dicho de otro modo, en pasar de lo imaginario a lo *imaginal* (término acuñado por H. Corbin y que Solié define como imaginario «excedente» que no encuentra objeto concreto en que investirse especularmente, desvelando lo Real-escondido, epifanizándolo); paso que se lleva a cabo por inversión transmutadora a través del intercambio metamórfico o cruce con el *otro* (quiasma). En definitiva, la *coniunctio* alquímica indica la realización del Sí-mismo en el orden del amor, implicando la doble dimensión del individuo y de lo que le sobrepasa: transmutación como destino, trayecto en espiral que partiendo de la Madre vuelve a ella a un nivel superior, como conciencia amorosa, integradora, que se configura en el espacio trascendente, imaginal (intermundo), estableciendo angélicamente el vínculo con la unidad divina (sacrificio de la  *fusión* y renacimiento en la *visión*)<sup>5</sup>.

<sup>5</sup> Ver al respecto, C.G. JUNG, *Psicología de la transferencia*, Buenos Aires, 1978, Ed. Paidós y *Psicología y alquimia*, Barcelona, 1977, Ed. Plaza & Janés. De P. SOLIÉ, *op. cit.*

Cazenave toma estas claves como núcleo y sentido de la estructura propia del relato; claves, por tanto, simbólicas, que trasladan sincrónicamente el proceso de la narración al alma: lo que ocurre en el relato ocurre en el alma (en la *intimidad*) y su iniciación en busca de la *Madre celestial* (imaginal) convierten a aquel en *hiero-historia*. De ese modo, espacio, tiempo, personajes y peripecias forman, a través de sus elementos, constelaciones simbólicas alrededor de los arquetipos de la Madre y la *coniunctio* generada, indicada, latente en ella.

Pero recordemos, a grandes rasgos, la historia de Tristán e Isolda, como hace el autor y siguiendo su propia distribución:

a) **Infancia.** Tristán es hijo de Blancaflor, hermana del rey Marcos de Cornualles, y de Rivalen, Señor de Loonois; éste muere antes de que Tristán nazca y Blancaflor muere durante el parto. Tristán, huérfano, es educado por Rohalt, senescal de su padre, en Loonois. A los catorce años viaja hasta Cornualles (por mar) y se pone al servicio del rey Marcos, ignorando que es su tío hasta que tres años después Rohalt llega a la corte y desvela el parentesco, decidiendo entonces Tristán, voluntariamente, proseguir su servicio al rey.

b) **Pruebas.** Tristán mata al Morholt, gigante hermano de la reina de Irlanda, liberando a Cornualles del tributo de guerra que anualmente éste exigía; pero Tristán queda herido y se confía al mar en una barca que le llevará a Irlanda, donde la reina y su hija, Isolda la rubia, le curan sin saber quién es. Tristán vuelve a Cornualles; allí, Marcos ha decidido casarse con la mujer a la que pertenece el cabello de oro que una golondrina le ha enviado. Tristán reconoce el cabello como de Isolda y parte para Irlanda, donde, en ese momento, un dragón asola el reino, habiendo prometido el rey su hija a quien logre vencerlo. Tristán mata al dragón y vuelve a quedar herido: Isolda lo cura de nuevo, pero, al descubrir que es el asesino de su tío, quiere matarlo; Tristán obtiene el perdón explicándole la historia de la golondrina. Ambos emprenden el viaje hacia Cornualles para que Tristán entregue Isolda a Marcos.

c) **El filtro.** Durante el viaje, Brangien, dama de Isolda, da a beber, «por error», el filtro de amor, preparado por la reina para los futuros esposos, a Tristán e Isolda. El amor que se despierta en ellos queda consumado.

d) El matrimonio y su continuación. Al llegar a Cornualles, Brangien sustituye a Isolda la noche de bodas para que Marcos no descubra lo sucedido. Los amantes siguen viéndose llevados por un loco amor. Frocín, enano astrólogo de la corte, que odia a Tristán e Isolda, trata de descubrirles disponiendo alrededor del lecho de ésta hoces, y en ellas Tristán se hiere; pero el rey Arturo y sus caballeros, presentes también, se hieren para evitar sospechas y proteger a los amantes.

e) Las trampas. Advertido por Frocín, Marcos acecha en un huerto, escondido en el interior de un pino, a Tristán e Isolda, pero éstos logran despistarlo al verlo reflejado en el agua de una fuente que mana al lado del árbol. Nueva trampa de Frocín: vierte harina entre los lechos de Tristán e Isolda, Tristán salta de un lecho al otro sin tocar la harina, pero una antigua herida se le abre y la sangre mancha la harina. Descubiertos y condenados, se escapan al bosque de Morois. Un guarda los denuncia y Marcos los descubre durmiendo, pero Tristán ha puesto su espada entre sus cuerpos y el rey lo toma como un signo de castidad, perdonándolos. Intercambia su espada con la de Tristán y su anillo con el de Isolda. La duración del filtro acaba (tres años) y los amantes se separan. Isolda vuelve con Marcos y Tristán debe mantenerse alejado, pero no lo hace y sigue viéndose con Isolda, y ante la sospecha de los barones del rey, Isolda pronuncia un juramento solemne con el que engaña nuevamente a Marcos; Tristán, disfrazado de leproso, transporta a Isolda sobre sus espaldas para cruzar un río y dirigirse al lugar del juramento. Isolda jura que no ha tenido entre sus piernas a ningún otro hombre más que al rey y aquel leproso (ciertas variaciones sobre este apartado no las tomaremos en consideración aquí).

f) La carrera hacia la muerte. Tristán marcha a Bretaña, donde entabla amistad con Kaherdin, hijo del duque de Hoël, y se casa con la hermana de aquél, Isolda de blancas manos, pero no puede consumar su matrimonio. Enterado Kaherdin, Tristán le cuenta su amor por Isolda la rubia y ambos viajan a Cornualles, donde se reencuentran Tristán e Isolda y se enamoran Kaherdin y Brangien. Retornan a Bretaña, y Tristán requerido por Tristán el enano para reconquistar a la amiga de éste, combaten con Estut el orgulloso, muriendo Tristán el enano y quedando herido de muerte Tristán por un arma envenenada; al pedirle a Kaherdin que vaya a buscar a Isolda la rubia, pues sólo ella puede curarle, Isolda de blancas

manos los oye y descubre el secreto, prometiendo vengarse. Cuando Kaherdin vuelve con Isolda, Isolda de blancas manos anuncia a Tristán que la nave que los transporta enarbolaba velas negras (signo convenido si Kaherdin fracasaba). Tristán se deja morir, y cuando la reina desembarca, ésta muere de pena; enterrados en tumbas separadas, plantas maravillosas crecen de ellas, cruzándose y uniéndose, quedando los amantes reunidos en el seno de la muerte.

La historia del héroe Tristán, «hijo-amante condenado al devenir»<sup>6</sup>, conducido hasta la aparición de la mujer (*anima* y mujer real) y su diferenciación progresiva<sup>7</sup> a través de este «inmenso poema del bosque y del mar»<sup>8</sup> tendría su origen, según Cazenave (siguiendo a James Carney), en un poema primitivo general existente en el territorio celta de la Escocia meridional, entre los siglos VII y VIII, habiendo derivado, posteriormente, al continente, constituyendo así la fuente de las versiones conocidas y utilizadas de Béroul, Thomas y Gottfried. Esta hipótesis la consolida el autor observando abundantemente las conexiones de la historia con otros relatos galeses e irlandeses<sup>9</sup>, permitiéndole asentar la idea de la *pertenencia* de la leyenda al mundo mítico celta. Pertenencia que determina, como veremos inmediatamente, la peculiaridad anímica original de Tristán e Isolda.

Cazenave inicia la interpretación del relato en el tercer capítulo de la obra, titulado *De Blancaflor al nombre del padre*. La *sincronicidad* señalada entre la interpretación y la historia nos enfrenta, en primer lugar, ante el origen de Tristán y lo que late en su interior. El padre de Tristán, Rivalen, ha descubierto a Blancaflor atravesando el mar, movimiento y ritmo lunar llevado a cabo para hacer emerger de aquél la luz solar procreadora, para recibir la feminidad activa y fértil. ¿No será Tristán hijo de un Dios solar? se pregunta Cazenave. P. Solié, en la introducción de la obra, nos da la respuesta: en el mundo celta la Gran Diosa solar engendra Hijos-Amantes, solares en su *complementario* y lunares en su *doble* (e Hijas-Amantes, solares en su *doble* y lunares en su *animus*) que evolucionan en un espacio-tiempo compuesto, circular o espi-

<sup>6</sup> M. CAZENAVE, *op. cit.*, p. 51.

<sup>7</sup> *Ibid.*, p. 49.

<sup>8</sup> *Ibid.*, p. 169.

<sup>9</sup> *Ibid.*, pp. 43 y ss.

ral. Cazenave configura esta situación de origen señalando que en las lenguas célticas el sol es una palabra de género femenino y la luna, de género masculino; y, por otro lado, mostrando como J. Hillman ha abierto una nueva posibilidad frente a la identificación *animus*-conciencia (principio activo solar-masculino) distinguiendo la *conciencia* del *yo*, pudiendo existir «una conciencia imaginal que se enraice en el *anima*, en el arquetipo de la feminidad»<sup>10</sup>. Conciencia solar radiante e intensa, sacada de las profundidades de lo inconsciente, de la Madre-Mar, conciencia con *virtus* generadora y transformadora<sup>11</sup>, frente a una conciencia menos clara, más primitiva, más dulce y difusa, conciencia lunar tan pronto luminosa como oscura, que *media* el calor de la anterior para inducirla húmedamente a la fecundidad (dioses-luna de las viejas religiones). Pues bien, la peculiaridad, antes aludida, queda determinada con ello en los antecedentes genéticos de Tristán: Rivalen es un hombre lunar que consigue la mujer solar después de atravesar el mar y de separarla de su hermano, Marcos, retornando, posteriormente, a Loonois, donde nacerá Tristán; éste sustituirá a su padre como hombre de la luna cuando deba, a su vez, (cíclicamente, lunarmente) atravesar el mar para encontrar a Isolda. Así, Tristán queda configurado en la *sintaxis* celta que le determina con un *yo* lunar y un *anima* solar (sintaxis cuyo despliegue semántico quedará constelado simbólicamente a lo largo del relato —de su vida—) y viendo el día como resultado de la evolución de tres uniones sucesivas que integran su propio desarrollo onto-psicogenético, constituyéndolo genéticamente, de antemano, *latentemente*: nace como fruto de la unión de Rivalen y Blancaflor (tercera sicigia, genital), procedente de la unión anterior, Marcos-Blancaflor (segunda sicigia, anal, sado-masoquista) que a su vez tiene su origen en la Madre primordial: el mar (primera sicigia: oral)<sup>12</sup>. Tristán, *Puer Aeternus*, héroe huérfano separado de la madre, deberá *recorrer* su propia constitución original (*viajar* a través de ella<sup>13</sup>) para asumir con la transmutación de su destino a la madre imaginal, re-naciendo en ella.

<sup>10</sup> *Ibid.*, p. 62.

<sup>11</sup> C.G. JUNG, *Mysterium conjunctionis*, (tome 1), París, 1980, Ed. Albin Michel.

<sup>12</sup> Ver al respecto P. SOLIÉ, *op. cit.*, pp. 27 y ss. y pp. 51 y ss.

<sup>13</sup> Sobre el símbolo del *viaje* ver J.E. CIRLOT, *Diccionario de símbolos*, Barcelona 1978, Ed. Labor.



Empieza, por tanto, el tiempo de su vida. Siete años los pasa Tristán con mujeres de la corte (semana lunar por correspondencia simbólica) y siete más, educado por su escudero Govenal en el manejo de las armas, con hombres (*ritmo lunar de alternancia*). Ha concluido la primera parte de su vida. Se inicia a partir de aquí el proceso de individuación. Atraviesa por primera vez el mar y se somete al rey Marcos, al que desconoce, sirviéndole lunarmente (la música que Tristán toca para Marcos encanta a éste). Aparece aquí el primer momento del proceso alquímico (*nigredo*): Tristán supedita su conciencia a un principio inconsciente, «somete su yo al *animus* de la madre que objetiva en el rey»<sup>14</sup>; Marcos constituye el *animus* negativo de la madre, inconsciente, oscuro, mortal, —negro—, sensible a la música tristaniana, *animus* lunar, luna negra, que sin embargo posee espíritu consciente (que *acecha* como veremos), aunque estéril, saturnal: que deviene sol negro. Tristán ha encontrado lo masculino negativo de la madre en su negra ambivalencia, sumergiéndose en ello. «El tío materno representa una especie de padre femenino para un hijo femenino»<sup>15</sup>. «Hombre de una mujer»<sup>16</sup>. Tristán encuentra al padre, inconscientemente, en lo masculino de la madre. Inconscientemente durante tres años, hasta la llegada de Rohalt (punto de vista consciente); en ese momento Tristán se niega en su propia soberanía y su sometimiento a Marcos es *decidido*. Decisión que va a desencadenar un *cuarto* año de pruebas y la aparición de Isolda. Ambivalencia tremenda de la nueva posición de Tristán respecto a Marcos. Éste le coloca en la vía de la Madre pero al mismo tiempo la obstruye, *sombríamente*, pues el nombre del Padre que Tristán obtiene a través del rey se constituye como su propio *doble* confundido con su conciencia, *sombra* que engulle la diferenciación necesaria y que otorga a cambio, engañosamente, la representación propia del papel social (la *persona* que ensombrece el alma). Pero el destino de Tristán no es *estancarse* bajo el Poder (productivo pero estéril: negro), sino diferenciarse de él desde él.

Así, los combates de Tristán por servicio al rey llevarán a aquél hasta la aparición de Isolda, hecho que da título al cuarto capítulo. En éste, Cazenave observa inmediatamente la correspondencia

<sup>14</sup> M. CAZENAVE, *op. cit.*, p. 69.

<sup>15</sup> *Ibid.*, p. 70.

<sup>16</sup> *Ibid.*, p. 71.

estructural del primer enemigo de Tristán con su propia sombra, indicando el combate ya un proceso de sacrificio y de diferenciación progresiva de la conciencia solar femenina que adviene definitivamente con Isolde, conciencia que va a nutrir al propio yo, otorgándole identidad. De nuevo Hillman: «El sentimiento de identidad personal no proviene del yo, sino al contrario, es dado al yo por la conciencia»; y «los combates contra el Morholt y el dragón no tienen precisamente otra finalidad que esta epifanía de la joven mujer divina en él y delante de él»<sup>17</sup>.

Morholt, gigante hermano de la reina de Irlanda, monstruo marino connotado a un régimen maternal, configura el *animus* de la segunda sicigia sado-masoquista en la genealogía de Isolde; genealogía paralela, por tanto, a la de Tristán, pues este tío materno será también luna negra y sol negro, ante el que Marcos se ve impotente (saturnalmente frío) por desempeñar idénticas funciones simbólicas. Es Tristán quien va a luchar con él cara a cara —con el inconsciente arquetípico, accediendo así a una conciencia superior—, con el *animus* de la Madre para que pueda advenir su feminidad. Tristán mata al Morholt: separa luminosamente; sólo él ha sido capaz de hacerlo, pero su acción no va encaminada hacia el poder. Tristán, que es el más fuerte, desdeña el código de los barones del rey que toma la fuerza como criterio supremo en un mundo regido por la Ley exterior: «su posición solar, generada por la Madre y revelación actual del *anima* que le habita, no puede ser otra cosa que una etapa dialéctica de la androginia en marcha que es la marca del *puer*»<sup>18</sup>. Desprendimiento; diferenciación en aumento; *coniunctio* anunciada.

El Morholt, vencido, lleva clavado un trozo de espada en el cráneo (falo de Tristán desvelado por el *anima*), pero Tristán ha quedado herido: marcado por los estigmas del *animus* negativo. Impotente para curar sus heridas (castración simbólica genital), «sólo puede ser curado por un poder diferente»<sup>19</sup>, se lanza al mar, tratando de encontrar la vida en un desafío a la muerte; y, así, Górnvald (*senex* positivo al servicio del *puer*) lo envía estirado en una barca (como cadáver) junto a su arpa, navegando durante siete días y siete noches, —posición de *animus* (yo) lunar que se confía

<sup>17</sup> *Ibid.*, p. 87.

<sup>18</sup> *Ibid.*, p. 91.

<sup>19</sup> *Ibid.*, p. 92.

a la protección de la Madre (mar) para renacer; símbolos endomorfos que confluyen en una vía húmeda que va a llevar de la muerte a la vida, mediante la muerte de la muerte: herido por Irlanda (Isla-madre), será Irlanda quien le cure. Atravesando el mar, Tristán *se deja* guiar por el principio director de un inconsciente femenino para acceder a la *isla donde se oculta el sol* (donde se esconden la Madre y la mujer que pueden curarle); viajando hacia el Oeste, Tristán trata de encontrar el sol en la oscuridad, nueva fuente de conciencia en el inconsciente, que perfeccionará la conciencia que ya ha adquirido combatiendo al Morholt. Tristán ha disociado la segunda sicigia y su entrega a la primera (Mar caótico, *principium* absoluto) hace emerger la figura de Isolda la rubia, *anima* que revela en su pureza a la segunda madre de nacimiento. «Tristán no puede vivir sin el sol femenino»<sup>20</sup>; una vez curado, Tristán *canta* a Isolda mientras ésta le cuida: el hombre de la luna se reencuentra con la mujer del sol, «el hombre de la luna sólo encuentra la vida en los rayos del sol (...) accede a un nivel de conciencia que le permite retomar la lucha por una diferenciación acentuada del arquetipo de la Madre, y la asunción de ésta en la doble figura del alma y de la amante»<sup>21</sup>.

La lucha que retoma Tristán resuena rítmicamente de un modo cada vez más intenso, y, así, el camino indicado por el quinto capítulo, *Del dragón al solsticio*, marca en sus pasos el presentimiento de la llegada a un lugar central. Cazenave previene la revelación que se va a llevar a cabo, nos coloca en la visión de la redundancia evolutiva, constituida a través de la *vibración* de los símbolos del fuego y del agua<sup>22</sup> en el trayecto espiral (lunar) de Tristán: de la conciencia más elevada de éste (de mayor trascendencia) a un sumergimiento más profundo en el mar inconsciente (inmanente), de aquí a una mayor conciencia, para volver al mar, emergiendo una sobreconciencia central determinada por la conjunción amorosa (el filtro) que tiene lugar en el *campo* protector e íntimo de la inmanencia materna. Veámoslo.

Tristán, curado por Isolda, vuelve a Cornualles; ha cambiado: la donación de conciencia, recibida de aquella, le *orienta*, nutre y

<sup>20</sup> *Ibid.*, p. 104.

<sup>21</sup> *Ibid.*, p. 109.

<sup>22</sup> Ver J.É. CIRLOT, *op. cit.* y M. SENARD, *Le Zodiaque*, Lausanne, 1948, Ed. Roth, pp. 41 y ss. y 51 y ss.

reafirma su yo configurado en el arquetipo del *animus* y le abre el camino hacia su propia existencia interior, hacia el Sí-mismo. De este modo, sólo Tristán sabe *leer* el signo recibido por Marcos (cabello de oro), y vuelve ahora a Irlanda conscientemente; retorno que persigue nuevamente, a través del sentimiento oceánico, conseguir el sol del lugar donde se extingue, «erigir una conciencia esplendorosa del seno mismo de la zona más tenebrosa y arcaica del inconsciente colectivo (...) enfrentarse a la Madre primitiva que retiene la *Sophia*»<sup>23</sup>. La transmutación vuelve a anunciarla Cazénave convirtiendo esta repetición rítmica (lunar) en resonancia sincrónica: «transformar la nostalgia pulsional en esperanza espiritual»<sup>24</sup>.

Tristán al llegar a Irlanda se enfrenta al dragón, enfrentándose con ello a la primera sicigia (oral devoradora, caos precosmogénico): el dragón es «una masa de libido incestuosa»<sup>25</sup> que constela los símbolos de la bestia, la noche y la muerte; es una luna negra de Isolda (y las llamas que desprende, sol negro) y una totalidad que es preciso separar (Tristán parte el corazón del dragón en dos), sacrificio de la pulsión que permitirá operar la distinción entre lo imaginario y lo imaginal. Con ello aparece configurada definitivamente la dialéctica esencial del arquetipo de la Madre, en el seno del cual Tristán lleva a cabo su individuación: la isla (Madre) contiene bestias, gigantes, magas; Isolda es sobrina del Morholt y descendiente del dragón (ligada al inconsciente), pero, simultáneamente, la isla ofrece la virgen (Isolda) y con ella la energía de la conciencia, que abre una brecha posibilitando la conjunción posterior de contrarios, constituyéndose como función trascendente.

Con las muertes del Morholt y del dragón, Isolda se ha desprendido de los estados sádico y oral y, dejando Irlanda, (separándose de la madre) lo hará del estado genital. Al descubrir que Tristán mató a su tío y perdonándole, Isolda acepta, conscientemente, la destrucción de los dos primeros estados, abriendo, al mismo tiempo, el camino hacia la desconstrucción de la fusión originaria.

De este modo, Isolda, por la acción de Tristán, se sitúa en un estadio más avanzado que éste, haciendo aparecer en el viaje a

<sup>23</sup> M. CAZENAVE, *op. cit.*, p. 119.

<sup>24</sup> *Ibid.*, p. 119.

<sup>25</sup> *Ibid.*, p. 122.

Cornualles a su doble, Brangien. Disimetría respecto a Tristán, que sigue proyectando su doble sobre su tío (*animus* negativo) y que impide por el momento el encuentro de los dobles, mientras Tristán no sustituya al rey Marcos por su verdadero doble psíquico (*animus* positivo diferenciado). Sin embargo, Tristán, lunar, húmedo, sinuoso, intermediario, no exorcizará definitivamente hasta la muerte sus estados negativos por no haber afrontado sus propias sicigias, sucumbiendo ante el *anima* negativa que encarnará Isolda de blancas manos.

Pero nos hallamos ahora en el momento crucial de la revelación. Es el día de S. Juan (solsticio de verano), día de gloria para Isolda, y el mar en calma está iluminado esplendorosamente por los rayos del sol, conjunción perfecta de la conciencia más clara con el inconsciente profundo, conjunción coincidente con la de Tristán e Isolda que beben el filtro de amor en armonía (en el vaso, en la nave, en el mar). En este punto Cazenave es contundente: el filtro no es algo ajeno (aunque lo beban «por error»), ni supone la acción unilateral de uno sobre el otro, sino que «en el filtro son los seres y las almas de Tristán e Isolda que se expresan realmente»<sup>26</sup>. Ambos lo beben, *juntos*, acción de por sí ya comunicativa, amorosa, *ágape* de auténtica transubstanciación. Concentración, por tanto, simbólica: el vino de hierbas que beben es fuego y agua, conciencia e inconsciente oceánico, microcosmos de su propia historia luni-solar, polo sobreconsciente del Sí-mismo que se revela a través del alma. *Beber* (amor oral) se convierte en el punto nodal, en el *centro* quiasmático desde donde «el destino basculará para correr de ahora en adelante sobre su pendiente espiritual»<sup>27</sup>. *Hieros-gamos*, por tanto, cruz central que expresa el amor como metaandrógino, donde «se anudan a la vez el espíritu, el alma y el deseo»<sup>28</sup>.

La humedad fogosa del filtro es *soma* (agua de vida eterna) que penetra, inunda, se derrama por los dos seres vivificándolos, conduciéndolos en un movimiento *tranquilo* que lo llena todo en varias dimensiones. Desencadenamiento expresado por Cazenave en el sexto capítulo como *los efectos del brebaje o las consecuencias del soma*, donde el autor perfila ya definitivamente el *sentido* de

<sup>26</sup> *Ibid.*, p. 144.

<sup>27</sup> *Ibid.*, p. 154.

<sup>28</sup> *Ibid.*, p. 158.

la historia, lo que ésta muestra: sincronicidad entre un nuevo orden social (el de los amantes) frente al orden social patriarcal del consciente colectivo de la época (y de nuestra cultura toda), la interiorización en busca del Sí-mismo a través de cruce amoroso (quiasma) que conlleva el desprendimiento de la sombra, y el advenimiento, en ese proceso, de la experiencia sagrada del Dios escondido, del Gran Otro. Teofanía por medio de la Madre, que muestra desde el intermundo imaginal la trascendencia absoluta. En definitiva, hierohistoria, iniciación, y, como dice X. Zubiri, existencia humana religada por su raíz. Otra sociedad, otro camino para el alma, otro Dios. Alteridad desplegada en este capítulo de modo profuso, reflexivo, buscando las concomitancias con experiencias anímicas-*otras* en nuestra propia cultura (Eckhart, Boehme, la alquimia, Nietzsche...).

Así, Tristán e Isolda llegan a la corte después de su *cruce* (Tristán, hijo-*anima*, ha constituido su yo-en-*animus*, recibiendo su Falo de la hija de la Madre; Isolda, hija-*animus* —proyección del Morholt— hace advenir un yo-en-*anima* interiormente redimido); los combates han acabado para Tristán si no es por Isolda: sacrificio del rol social, de la *persona* (intolerable para una sociedad estructurada sobre el modo paterno), sacrificio del poder en provecho de la importancia interna. Frente a ellos Marcos, perdiendo progresivamente majestad; burlado (la noche de bodas y en la escena del huerto) se vuelve versátil, influenciable, flotante, llevado por sus cóleras y arrepintiéndose pronto, «poseído por el animus negativo se deja llevar por explosiones emocionales, lleno de opiniones inconsideradas y se expresa de manera confusa»<sup>29</sup>; Marcos, sumergido en el inconsciente maternal, encarna al mismo tiempo el consciente de la época: «el consciente colectivo rechaza a la diosa a lo más profundo del inconsciente y no erige al Padre más que sobre la ocultación de la Madre»<sup>30</sup>. Ello determina ya la antinomia entre los hijos-amantes de la Madre y una sociedad unilateralmente patriarcal, entre los que avanzan en una aventura espiritual interna y simultáneamente abierta, y los que se quedan en las certitudes de la ciudad bajo la moral de los *padres solitarios*, exterior, abstracta, legal; entre la importancia y el poder.

El episodio de las hoces va a proseguir dicho enfrentamiento

<sup>29</sup> *Ibid.*, p. 173.

<sup>30</sup> *Ibid.*, p. 173.

mostrando el diferente mundo religioso al que pertenecen los amantes. Arturo, como realza auténtica, bendice la unión «adúltera», contraída mediante el *graal amoroso* del filtro. Bendición que reafirma el camino hacia el dios interior, esotérico, *theos agnotos*, anterior al caos sicigico y posterior a la individuación, Sí mismo supremo «que sostiene el universo y lo trasciende al mismo tiempo como figura radical del inconsciente colectivo»<sup>31</sup> y que se expresa en la Diosa Madre como primera teofanía, reflejándolo y anunciándolo a través de la multiplicación simbólica en nuevas teofanías: Mujer sacada de la Madre (teofanía segunda), arquetipos de *anima* y *animus*, *puer* y *senex*. Esa indeterminación primordial divina (*Nada* de Boehme), unidad absoluta, impone un *culto* distinto por parte del hombre, como dice Jung: «Tal es el sentido del servicio divino o del servicio que el hombre puede hacer a Dios: hacer emerger la luz de las tinieblas, ser el Creador consciente de su creación y el hombre consciente de sí mismo»<sup>32</sup>. Dios *intimísimo*, principio y final del proceso de individuación, que los amantes llevan a cabo desde la Madre mediante la *coniunctio*.

El desarrollo progresivo de esa verdad psíquica, espiritual, exige ahora la aparición de la figura de Frocín. Enano, malformado, comparte con Tristán algunos dominios, pero de forma negativa: es la *sombra* que queda en el alma del héroe, «puente maléfico, lazo nocturno y equívoco que asegura la unidad en la alienación del sobrino a la figura de su tío»<sup>33</sup>. Frocín advierte y aconseja a Marcos, éste se esconde en el pino junto a la fuente para sorprender a los amantes, pero la luna (yo constituido de Tristán y *animus* de Isolda) lo desvela como reflejo en el agua (*animus* negativo de la imagen de la Madre); Frocín, observando Venus, sabe que el engaño fallará (Afrodita gobierna el alma de Isolda), *sabe comprender* y huye: doble negro de Tristán. Luna negra, que más adelante, en el pasaje de la harina, los sorprende (al claro de luna) singularizándose como sombra y desprendiéndose ya del papel abusivo de doble. Tristán clama su *inocencia* y pide un juicio de Dios, pero ¿de qué Dios? Marcos y los barones (encarnación del principio de realidad constituido bajo el orden del Padre) no pue-

<sup>31</sup> *Ibid.*, p. 180.

<sup>32</sup> *Ibid.*, p. 195.

<sup>33</sup> *Ibid.*, p. 186.

den entender el Dios al que Tristán se refiere ni la esfera en la que los amantes respiran: del destino y la liberación mezclados.

Tristán e Isolda son condenados. Frocín sugiere al rey entregar a Isolda a los leprosos que anuncian su presencia con el ruido de sus carracas (en el mismo plano musical del *animus* —arpa de Tristán): subversión demoníaca, reino de la sicigia de origen, caótica, infernal. Govenal (*senex* positivo) rescata a la reina, reasume la conciencia y la devuelve al héroe, dispersando lo imaginario infernal del rey Marcos (sol negro, verdugo). Rescate que va a coincidir con el desvelamiento del secreto del rey mediante la propia sombra de Tristán (Frocín, borracho, desvela el secreto): sus orejas de caballo (sol negro, muerte). De ese modo, la posición de Tristán ha logrado desprenderse del *animus* negativo en dos planos complementarios: la vida en el bosque de Morois (Madre) junto a Isolda (*anima*) y Govenal (*senex*) coincide con el descubrimiento (toma de conciencia) del auténtico ser de Marcos. El *animus* negativo funda la sombra y el inconsciente personal (*super-yo* de Tristán) en oposición al complementario de donde surgen el *anima*, la conciencia y la mujer que permiten mediante su luz afirmar el *yo* (el *doble* de Solié) cuando aquellos han desaparecido.

Tristán e Isolda viven, pues, junto a Govenal (que guía la iniciación del *puer*) en el bosque de Morois: macrocosmos del brebaje («hierbas mezcladas con la luz de las estrellas»<sup>34</sup>), templo de amor donde se efectúa la comunión, por parte de los amantes, con la intimidad de la Naturaleza. Comunión y complicidad que, sin embargo, no son fusión, pues la protección materna, envolvente, del bosque no hace regresar a Tristán e Isolda al útero feliz de la Edad de Oro, sino que «la vida es dura»<sup>35</sup> exigiendo la *progresión* hacia el útero a través de una relación dialéctica con la Madre, que extraiga la *Sophia* angélica. La estancia en el bosque indica, nuevamente, una experiencia religiosa; el *Eros*, inserto en el *campo* materno, conduce el andrógino terminal (imaginal) expresión de la realidad primordial y trascendente, la *Deitas* absoluta. Dicha estancia muestra, también otra vez, la diferencia del orden en el que viven los amantes respecto al orden del Padre y la Ley. El ermitaño Ogrín exhorta a Tristán a que se separe de Isolda, pero a lo que llama Ogrín la muerte, Tristán llama la vida (su unión con

<sup>34</sup> *Ibíd.*, p. 213.

<sup>35</sup> *Ibíd.*, p. 218.



Isolda). Por otro lado, la progresión en la Madre hace que los amantes, mediante la lunaridad fecunda del arpa de Tristán, la espada convertida en utensilio manual para construir una cabaña y el arco-que-no-falla (feminidad trascendente en un contexto solar) reemplacen, en una dimensión social, los valores de producción por valores de creación, «orden creativo que es la metamorfosis del orden productivo por la vía de una estética que es el signo del *eros*<sup>36</sup>». La conjunción simbólica entre orden social, proceso anímico y experiencia religiosa descritos queda determinada por Cazenave así: «En el bosque de Morois, Tristán e Isolda dibujan los contornos de otra sociedad, no tanto de una sociedad matriarcal como de una sociedad estructurada sobre valores femeninos —mujer o *ánima* del hombre, de una sociedad fundada sobre el *ánima mundi* como espacio transicional, en el mundo imaginal, en la *Deitas* absolutas<sup>37</sup>».

Pero la luna deviene (punto de partida tristaniano) y vuelve a hacerse negra: Marcos descubre a los amantes, dormidos, separados por la espada. El autor utiliza su contundencia para mantener la coherencia interpretativa: no es lealtad, ni obstáculo al deseo sino motivo de confusión para el rey, nuevo engaño. Los actos de perdón de Marcos expresan nuevamente (lunarmente) sus cualidades arquetípicas; sustituye la espada de Tristán por la suya (falo imaginal ordenado por la mujer, por el falo de la Ley), tapa, con guantes blancos, el sol a Isolda (interrumpe su relación con su fuente de vida) e intercambia su anillo con el de ella (define a Isolda como mujer que recibe su feminidad por vía del rey).

Los amantes huyen, pero los efectos del filtro acaban. Han pasado tres años y se ha completado para Tristán un tercer ciclo de siete años (semana lunar: tres años cerca del rey, un año en la búsqueda de Isolda, tres años bajo la influencia del filtro) en que dialécticamente se han llevado a cabo las actualizaciones, y espera ahora a Tristán una cuarta semana de conciliación de la conciencia y el inconsciente que lleva al superconsciente definitivamente desvelado: punto final donde el cinco retoma el cero y su infinitud.

El filtro ya no actúa, pero ni Tristán ni Isolda pueden revocar su amor, siguen amándose aunque deben cambiar de esfera, desprenderse del arquetipo (materno) para encontrarlo más arriba,

<sup>36</sup> *Ibid.*, p. 223.

<sup>37</sup> *Ibid.*, p. 225.

después de pasar por la vía de la realidad social, tal y como es. Se separan y Tristán regala su perro (lunar) a Isolda (testimonio de su sociedad ideal), Isolda da a Tristán su anillo de oro (*aurum philosophium, anima mundi*, oro imaginal). Repetición quiasmática.

El desenlace está próximo. Cazenave titula al séptimo y, lunarmente, último capítulo *La gloria, la pena, la muerte y la resurrección de amor*, título de oscilación lunar que recoge el triunfo definitivo de Tristán sobre la *nigredo*, permitiendo la aparición del doble y posibilitando, así, la *quaternio*, el abismo y el conflicto cada vez mayor entre el Amor y la Ley, y la solución alquímica en que el Amor es más fuerte que la muerte.

Isolda vuelve a la corte. Aceptada por Marcos propone jurar ante Dios y con el rey Arturo presente que nunca hubo nada entre ella y Tristán. Isolda decide mentir conscientemente y toma todo el asunto en sus manos: previene a Tristán, a Arturo y fija el lugar, la Blanca Landa, detrás del vado (landa de oro detrás de las aguas negras y el fango); la magnitud del engaño y la complicidad de Arturo reducen al ridículo la soberanía del rey Marcos y el orden que encarna. Tristán disfrazado de leproso atraviesa el vado llevando a Isolda sobre su espalda, tránsito decisivo para Tristán que determina el ascenso a una nueva esfera de su ser, bajo la Isolda solar en un día solar, en que vence a las aguas negras tomando conciencia de ellas como *sombra* (disfraz). El doble puede aparecer ya diferenciado. Ahora bien, como dice Jung, no es posible que el *anima* aparezca sola sin estar acompañada del *animus*, y así, del mismo modo que en cada emergencia a un nivel superior del *anima* positiva de Tristán, éste ha debido afrontar antes el *animus* negativo, debe descubrir ahora el *anima* negativa para permitir a su doble afirmar su figura: podrá revelar el *animus* positivo en relación a la figura de su *anima* negativa. Tristán se casa con Isolda de blancas manos (blanco en oposición a oro), ante la que se manifiesta frígido durante la noche de bodas: castración simbólica que se detiene sobre sí misma en la torsión que sufre el Hijo-Amante en un estado patriarcal. Kaherdin, hermano de Isolda de blancas manos, al recibir las explicaciones que le da Tristán de su impotencia ve, en la sala de las imágenes, a Brangien, de la que se enamora. Tristán retorna a Cornualles con Kaherdin y ambos ven a sus amigas, constituyéndose la *quaternio* en el paraíso de la Madre, paraíso terminal en la toma de conciencia y la diferenciación personal. Tristán simula estar loco y se presenta en la corte del rey

Marcos sin que éste le reconozca; pero la locura de Tristán dice la verdad y la pretendida razón de Marcos es una locura delante de los valores de *Eros*: al proponer Tristán a Marcos intercambiar a Isolda, éste le pregunta donde la hará vivir, a lo que Tristán responde que en una habitación de cristal que se sostiene en el aire, donde él mismo vive: habitación de cristal que permite ver a los amantes al mismo tiempo que los protege, abierta y cerrada, «transposición invertida de la Edad de Oro precosmogónica (Caos) en Edad de Oro escatológica (Pleroma)»<sup>38</sup>, transposición de la ballena de la que Tristán dice que es hijo a Marcos. La sala de cristal manifiesta el *bieros-gamos* por excelencia, el andrógino imaginal constituido en el mundo aéreo del sueño, celestial. La *coniunctio* se ha constituido, el arquetipo *animus* configurado con el *yo* de Tristán, su *doble* diferenciado en amistad y acuerdo con él (Kaherdin), la conciencia de Isolda diferenciada gracias al *complementario* (*animus* descubierto por Tristán) queda unido al *arquetipo* formado por la conciencia de Tristán, nutrida y configurada por su *complementario* (*anima* descubierta por Isolda), el *yo* de Isolda y su *doble* en conexión íntima con él (Brangien). Pero dicho andrógino no puede realizarse en el mundo tal y como es, la muerte es lo que éste le reserva; y así Tristán se extinguirá víctima del *anima* negativa (posesiva, vengativa) a lo que sucede la muerte de Isolda. Pero es en la *muerte* donde la unión se transfigura (imaginalmente) y manifiesta el Amor que supera esa muerte existencial, disolutiva, saturnal, provocada por la Ley.

Cazenave concluye. La leyenda es la puesta en cuestión radical de una sociedad, de una cultura, de una civilización que se construyen sobre el Padre y el poder de su *Logos*, frente a ello: «De la Madre asumida surgen el alma y la mujer, el alma que reconozco en la mujer delante de mí, y la mujer que veo gracias al alma que ella me da, descubriéndola en mí mismo, en un intercambio perpetuo del arquetipo con la realidad»<sup>39</sup>.

Concluyamos, pues. Lunaridad de esta interpretación excelente: densa, sugerente, difusiva, repetitiva, húmeda y, por ello, cómplice, conciliadora. Interpretación importante (aunque, quizás, no poderosa). Cazenave, tristaniano, interpreta la narración dibujando el lazo íntimo del devenir de ésta mediante una *estruc-*

<sup>38</sup> *Ibid.*, p. 258.

<sup>39</sup> *Ibid.*, p. 275.

*tura húmeda*, desde el espacio lunar construido por la trayectoria de los viajes de Tristán (sinuosa, reversible, rítmica), el tiempo lunar de Tristán (veintiocho años) y la constelación simbólica que prosigue dicho lazo en los arquetipos de la Madre: mar-barca-isla-copa-bosque-castillo-habitación de cristal y de la *coniunctio* como sentido del devenir: filtro-conjunción luna-sol-encuentro de los personajes que diferencia, separa (supera) y une andrógino *anima-animus*.

Lazo íntimo latente a lo largo del relato y a lo largo de la interpretación: el amor es el núcleo, el lugar. Cazenave indica con su obra una auténtica topología del amor; éste late en la esfera materna, determinando, simultáneamente, el recorrido simbólico (en el tiempo, en el espacio, en las *cosas*) que debe llevarse a cabo, el camino. El amor se convierte en el lugar ontológico del nacimiento de la conciencia, y por ello la interpretación psicológica nos lleva, mediante el amor, a la ontología; y de ésta, reversivamente, amorosamente, sobre la *psyché*. Comunicación del alma con el ser, simpatía cósmica, *inspiración* del alma por el ser.

De este modo, el proceso que describe Cazenave conduce del fuego que la Madre (agua-tierra) oculta al *aire*, zona del *pneuma* (Madre uránica) donde se configura el andrógino imaginal como aliento vital, ascensión, espíritu, luminoso renacimiento; la conjunción final tiene lugar en la habitación de cristal, más allá de la muerte, donde, desprendidos de toda opacidad, los amantes acceden a la *visión*: mundo del *sueño*. Sueño por el cual «la vida y la muerte de Tristán e Isolda son nuestro pan» como dice Gottfried<sup>40</sup>; *ágape* anímico definitivo que tiene lugar en las alturas, verticalidad creada por subversión. Subversión del alma, en efecto, que desemboca en la locura amorosa frente a la razón de la Ley: ¿subversión social? ¿sueño o subversión social? ¿subversión social por el sueño? Dejemos al psiquismo ascensional de Nietzsche la última palabra: «Incendio y consumación, esto es lo que debe ser nuestra vida, ¡Oh vosotros, oradores de la verdad! y mucho más tiempo que la víctima, vivirán el vapor y el incienso de los sacrificios».

<sup>40</sup> GOTTFRIED VON STRASSBURG, *Tristán e Isolda*, Madrid, 1982, Ed. Nacional.